

Nietzsche en carne y hueso

IGNACIO BÁRCENAS MONROY¹



Bacarlett Pérez, María Luisa. *Friedrich Nietzsche. La vida, el cuerpo y la enfermedad*. Toluca, Universidad Autónoma del Estado de México, 2006, 220 pp.

En verdad no sé si leer sea algo bueno (seguramente, ante la apatía hacia el acto de leer, abundan los discursos sobre lo benéfico de la lectura, como el tantas veces repetido “hacia un país de lectores”, en todo caso sería interesante analizar los pros y contras de la lectura a la luz de su propia historia)²

¹ Centro de Investigación en Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma del Estado de México. Correo electrónico: tuvateseris@yahoo.com.mx.

² Trabajo que ya ha realizado Alberto Manguel en su borgiana *Historia de la Lectura*.

o malo. Sea lo que fuere, me parecen apropiadas aquellas palabras de Éluard, según las cuales existe un cierto número de verbos que no soportan el imperativo, entre los que destacan: amar, comer, imaginar, soñar y leer; es decir, no podríamos ordenar a alguien que coma, que ame (como a menudo lo hace la tradición cristiana), que sueñe o que lea. Siguiendo estas palabras, mi intención en este breve escrito no es conminarlos a leer el texto reseñado, sino a que lo compren. No por un cinismo “neoliberal”, como algunos pudieran entenderlo, sino simplemente porque estoy convencido de que uno no es quien escoge sus libros, al contrario, los libros son los que escogen a sus lectores; nosotros no leemos, los libros nos leen.

En efecto, si hacemos caso de lo que dice Tournier (Tournier: 1988), existen dos tipos de escritores: el primer grupo lo constituyen aquellos para quienes la escritura es un acto natural como la respiración, “como la abeja fabrica su miel”; la singularidad de estos escritores radica en que “el lector no es el obligado destinatario de sus escritos, y aun la idea de publicar, en caso extremo, puede serles ajena” (Tournier 1988: 9). En otras palabras, ellos pueden existir sin lectores (lo anterior dicho con sus debidas reservas, pues claro que hay excepciones, sabemos la suerte que han sufrido las obras de algunos autores, las cuales por azares del destino llegan a caer en nuestras manos, como es el caso de Kafka o de Pascal).

El segundo grupo lo componen los autores que escriben para publicar. Es una tarea de artesano ciertamente. El libro nace para ser publicado, difundido, puesto en el mercado, comprado y leído. De alguna forma el lector en potencia, que somos nosotros, colabora en la realización del libro, haciendo que no solamente exista un autor sino múltiples autores.

Así, la participación del lector es parte del acto creador, pues en éste no solamente interviene el autor, sino todas las lecturas en potencia que pueden ser realizadas e incluso las que jamás se harán. De acuerdo con esto, María Luisa Bacarlett pertenece en igual medida a ambos grupos de escritores. Por un lado una pasión por la escritura, por Nietzsche, por el cuerpo, por el pensar; por el otro, como un velo que anuncia esa pasión, la frialdad académica del resultado de una investigación rigurosa. El libro entero de María Luisa oscila entre estos dos registros, y es donde, a mi parecer, contiene su fuerza y encanto.

Un autor deja de tener responsabilidades (por más que aquí se trate de imprimirle un rostro a las palabras escritas) sobre lo que ha escrito en el momento mismo de poner puntos suspensivos..., lo demás es una tarea de recreación al infinito. Al respecto Tournier nos dice en *El Vuelo del Vampiro*:

Un libro ya escrito pero no leído aún, carece de existencia plena, apenas vive, es un ente virtual: ser exangüe, vacío, desgraciado, que casi se extingue pidiendo

auxilio para existir. El autor lo sabe; y cuando publica un libro, no ignora que suelta entre la multitud de hombres y mujeres una bandada de alados seres de papel, vampiros secos ávidos de sangre que se desperdigán al azar en busca de lectores. Apenas cae sobre el lector, el libro se hincha de su calor y de sus sueños. Florea, alcanza su plenitud, se vuelve, en fin, lo que es: un prolífico mundo imaginario donde se mezclan —como en el rostro de un niño las facciones de su padre y de su madre— las intenciones del autor y los fantasmas de quien lo lee (Tournier 1988: 10).

La lectura que hace María Luisa de Nietzsche no intenta reproducir exactamente lo que dijo o no el filósofo, no es una lectura servil, por así decirlo; no, para ella es explorar otras posibilidades de lectura que no estén plegadas a las lecturas canónicas que sobre este autor se han realizado. Posibilidades que, por otra parte, permite el mismo pensamiento nietzscheano. Sin embargo, estas posibilidades se encuentran llenas de inquietudes, pues cómo atreverse a hablar sobre un pensador que precisamente pone en tela de juicio la individualidad.

Escribir sobre cualquier autor no es tarea fácil. La empresa se vuelve francamente complicada cuando tomamos a Nietzsche como el objeto de nuestra escritura. Contra lo primero que uno debe luchar es con las maneras habituales de escribir y leer filosofía, es decir, lo que plantea dificultades es la posición del autor de quien se pretende escribir y la del autor que intenta comprenderlo, pues es indudable que la función “autor” aquí tiene sus especificaciones muy estrictas. Y la primera pregunta es ¿qué es lo que ha dicho tal o cual autor?, esto es ya una forma de someterse al sentido de una obra por el sesgo de la verdad. ¿Quién dice qué cosa y hasta dónde? ¿Es necesario plegarse siempre al fantasma de una lectura “correcta”? Pero también puede uno cuestionarse —como se lo cuestionaron seguramente Giorgio Colli y Montinari en el establecimiento de la edición definitiva de las obras de Nietzsche—: ¿hasta dónde y por qué tal o cual escrito pertenece al *corpus* nietzscheano?, ¿tiene el mismo estatuto un párrafo del texto que una anotación al margen? La exégesis de una obra no deja de ser un juego de la representación. El sentido de una obra —si todavía queremos conservar este nombre para el pensamiento nietzscheano— se da siempre sobre el fondo de una tradición inagotable, en dónde habría que avecinarla con sus pares, Platón, Hobbes, Aristóteles, Spinoza o Schopenhauer. Así se tiene el catálogo del proyecto de una historia de la filosofía, esto es, los autores de los que alguien que se precie de ser estudiante de filosofía no debe soslayar. Otro de los problemas a sortear es el problema de la autoridad, porque no cualquiera puede hablar de un filósofo y tampoco desde cualquier parte, mucho menos sin tomar en cuenta lo que otros,

con mayor o menor fortuna, han dicho al respecto. En suma, habría un discurso filosófico que trataría de plegar lo más posible a una unidad, un rostro, todas aquellas palabras —conscientes o inconscientes— que, se sospecha, forman parte de un *corpus* único. La finalidad de esta práctica es la de ofrecernos un “autor” fácil, manipulable, comprensible, comunicable. ¿Se trata entonces de una manera de escribir y leer equivocada? En absoluto, pero por lo menos sí muy pobre.

Ante esta manera de entender la filosofía se han levantado varias voces, pues ya no se considera que se deba restituir en su verdad lo dicho, hasta se pone en duda que lo único que se pueda hacer con un autor se reduzca a la interpretación. Para el caso sólo mencionaré dos ejemplos de lectores de Nietzsche que no solamente lo han leído de manera distinta, sino que han inaugurado una nueva forma de hacer filosofía y, lo que es más importante, lo han hecho bajo el influjo de las intuiciones nietzscheanas.

Para Foucault la teoría es vista como caja de herramientas. Para él la lectura nietzscheana no consiste en restablecer bajo un mismo rostro lo que Nietzsche quiso decir, sino de utilizarlo. Para Deleuze, en la lectura no hay algo parecido a la comprensión, a la interpretación o a la explicación, sino que la lectura es un acto que conlleva en sí cierto grado de intensidad, y por lo mismo siempre está conectado con un afuera. Lo que se dice de un autor puede ser cierto, falso o monstruoso, pero en este caso siempre se lo conecta con un exterior.

María Luisa, quién por lo demás es una gran conocedora de estos autores, se alinea en esta perspectiva. Frente a toda esa historia de recepción del pensamiento nietzscheano, que ha dado pábulo a lugares comunes, hasta el punto de convertir al pensamiento de Nietzsche en una receta académica y donde la evocación de su nombre nos trae inmediatamente a la cabeza los temas canónicos: “La muerte de Dios”, “El superhombre”, “La voluntad de poder”, “El eterno retorno”, la autora, sin soslayar estos temas tan caros para la comprensión cabal de Nietzsche, nos propone una lectura desde otro lugar, advirtiendo que no se trata de imponer nuevamente un canon de lectura, sino de explorar nuevas posibilidades. Los ejes de lectura utilizados por Bacarlett son tres: la vida, el cuerpo y la enfermedad; porque se tiene la sospecha de que, por debajo de la historia de la filosofía, subyace un olvido, no se trata del olvido del ser como en Heidegger, sino de aquello que nos sitúa materialmente en el mundo: el cuerpo. Se podría incluso hacer toda una historia de la filosofía a partir de este olvido. Ya Spinoza decía que no sabemos lo que puede un cuerpo, los cínicos por su parte filosofaban con el cuerpo; para Merleau-Ponty, antes que gracias a un sentido originario, estamos situados en el mundo corporalmente; en fin, pese a estos destellos el cuerpo ha sido para la filosofía el límite: el fondo oscuro del cuerpo anuncia el lugar del error, el aleja-

miento, quizás para siempre, de la Idea. No hay que pasar por alto la ambigüedad de los discursos acerca del cuerpo, o mejor dicho, el hecho de que el cuerpo sea tomado, reelaborado, investido en dos direcciones: por una parte es aquello que facilita la manipulación de los seres humanos, el lugar en donde cierto poder disciplinario se ejerce en toda su plenitud; por otra, y en contestación con la anterior, se convierte en arma de lucha contra cualquier poder. En ambos casos observamos al cuerpo como el lugar de intensas batallas en la que nos debatimos y nos identificamos. Se puede decir entonces que dos fuerzas se batían en ese campo de batalla, el orden y el caos, la medicina y el fondo negro que lo compone, Bichat contra Lautreámont y Sade. Si bien la desnudez se podría considerar como el comienzo de toda acción transgresora de cualquier orden, el orden a su vez exige que por lo menos esa desnudez sea bella.

No cabe duda de que en muchos sentidos podemos reconocer que gran parte de nuestras preocupaciones filosóficas están definidas por aquello que Klossowski llamaba la prosa más insinuante e irritante que ha dado la lengua alemana y, siendo el cuerpo uno de los pilares de la reflexión del pensamiento nietzscheano, tiene todavía mucho que decirnos.

En efecto, encontramos en Kant una nueva forma de crítica que se podría denominar inmanente; la crítica ya no se asentaría sobre las ilusiones, el sentimiento o por la experiencia, o cualquier instancia exterior cualquiera que esta fuera. Lo criticado tampoco sería algo exterior a la razón. De lo que se trata es de buscar las ilusiones procedentes de la misma razón. Para Kant la crítica se convertía en crítica de la razón por la propia razón. De ahí la empresa que lleva como nombre una crítica de la razón pura. Nietzsche apelará a instancias más impuras para establecer la crítica, como lo son el lenguaje y el cuerpo. Una crítica desde dentro que no instaurara a la razón como juez y parte, esto es, esta crítica afirmaba a la razón, pues ésta tenía siempre que desdoblarse. Nietzsche propone por el contrario otra forma de crítica partiendo del cuerpo y del lenguaje contra la razón, lo que transforma radicalmente la crítica.

Dejemos, pues, que el lector encuentre en este libro cierta resonancia con sus preocupaciones, que lo deshaga, que produzca un monstruo con su lectura, y dejemos al libro que encuentre a sus lectores y humedezca sus páginas con su sangre.

Bibliografía

Tournier, Michel (1988), *El vuelo del vampiro: notas de lectura*, México, Fondo de Cultura Económica, 344 pp.